

William Melvin Kelley

Un tambor diferente

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Lo malo de escribir un libro, sobre todo si es el primero, es que, para cuando tienes ya veintitrés años, te sientes en deuda con tanta gente que cuesta decidir a quién dedicárselo. Hay que sopesar y operar por eliminación. Y eso cuesta, porque mucha gente se portó bien contigo y es duro decir que uno se portó mejor que otro.

Y así, aunque este libro está dedicado a tres personas en concreto, me gustaría dar las gracias a todos los demás: a los que en el curso de los años, y, sobre todo, desde que empecé a escribirlo, se preocuparon y me dieron su opinión, ya fuera literaria o personal, aunque no siempre les hiciera caso.

Y a todos esos que me han dicho, en un momento dado:

«Anda, vente a casa a cenar».

«Te puedes quedar un par de noches en casa».

«¿Quieres que te pase a máquina un par de páginas?».

«Toma. Ya me pagarás cuando tengas dinero».

Gracias a todos, una vez más. Espero poder decíroslo personalmente algún día.

Y las dedicatorias:

A mi madre, Narcissa (1906-1957), quien, con esa forma callada y valiente que tenía de hacer las cosas, desafió a la muerte para que yo naciera, y venció.

A mi progenitor, William Melvin padre (1894-1958), quien, cuando no tenía todavía edad para darme cuenta, tanto se sacrificó por mí; hasta el punto de que puede que no volviera ya nunca más a ser lo que se dice feliz.

A M. S. L., quien, cuando más lo necesitaba, me dio el amor y la ternura y el valor que me hacían falta para ponerme a escribir en serio.

La mayor parte de lo que mis vecinos dan por bueno,
en mi fuero interno, por malo lo tengo,
y, si de algo me arrepiento,
será, seguro, de mi buen comportamiento.
¿Qué demonio se apoderó de mi persona para que me
portara así de bien?

Si un hombre no desfila al paso de sus compañeros,
será quizá porque oye el ritmo de un tambor diferente.
Que vaya al paso de esa música que oye,
por muy lejos que suene, y sea cual sea su ritmo.

HENRY DAVID THOREAU

Índice

El estado	13
El Africano	15
Harry Leland	42
El señor Leland	67
Un cumpleaños en otoño, hace ya mucho tiempo	102
Los Willson	108
Dymphna Willson	120
Dewey Willson III	146
Camille Willson	170
David Willson	187
Los hombres en el porche	233

El estado

Un extracto del *Thumb-Nail Almanac*, de 1961..., página 643, dice así:

Se trata de un estado en el sur profundo, ocupa una posición central al sureste del país: limita al norte con Tennessee, al este, con Alabama, al sur, con el golfo de México, al oeste, con Mississippi.

CAPITAL: *Willson City*. SUPERFICIE: 80.730 kilómetros cuadrados. POBLACIÓN: (según el censo provisional de 1960) 1.802.268. LEMA: *Con el honor y las armas osamos defender nuestros derechos*. FECHA DE ADMISIÓN EN LA UNIÓN: 1818.

PRIMEROS AÑOS. DEWEY WILLSON:

Aunque el estado cuenta con una historia rica y variada, se lo conoce, sobre todo, por ser la cuna del general del ejército confederado Dewey Willson, que nació en Sutton, una pequeña población a 44 kilómetros de la ciudad portuaria de Nueva Marsella. Willson se matriculó en la Academia Militar de los Estados Unidos, en West Point (promoción de 1842), llegando al grado de coronel en el ejército federal antes del estallido de la Guerra Civil. Con la secesión del estado, en 1861, dimitió de su puesto, y se le dio el rango de general

del ejército confederado. Fue el principal artífice de dos victorias sureñas bien conocidas, la de Bull's Horn Creek y la de Harmon's Draw, batalla esta última entablada a escasos cuatro kilómetros de su lugar de nacimiento. La victoria que logró en Harmon's Draw frustró para siempre cualquier intento del ejército del norte de llegar a Nueva Marsella y hacerla suya.

En 1870, con la readmisión del estado en la Unión, Willson fue nombrado gobernador. Poco tiempo después, eligió el emplazamiento, inició la construcción y, en gran parte, diseñó la nueva capital del estado, que ahora lleva su nombre. Regresó a Sutton cuando se retiró de la vida pública. El 5 de abril de 1889, nada más volver de la ceremonia de inauguración de una estatua de bronce de tres metros de altura que el pueblo de Sutton le había erigido en la plaza, por suscripción popular, sufrió una apoplejía y murió. La mayor parte de los historiadores lo consideran, después de Lee, el general más importante del ejército confederado.

HISTORIA RECIENTE:

En junio de 1957, por razones que todavía están por determinar, toda la población negra abandonó el estado. Hoy día, constituye un caso único en la Unión, ya que no cuenta con un solo ciudadano de raza negra entre sus habitantes.

El Africano

Acabar, lo que se dice acabar, ya había acabado. Pero casi todos los que mataban el tiempo en el porche del colmado de Thomason, de pie, sentados en el suelo, o repantingados, lo habían visto empezar, el jueves en la granja de Tucker Caliban. Eso sí, con la excepción del señor Harper, ninguno supo entonces que estaba presenciando el inicio de algo. Vieron a la gente de color de Sutton, todo el viernes y la mayor parte del sábado: cargados de maletas, o con las manos vacías, mientras esperaban, en ese mismo porche, la llegada del autobús que salía cada hora y los llevaría Eastern Ridge arriba, pasado Harmon's Draw, hasta dejarlos en la estación de tren de Nueva Marsella. Se habían enterado por la radio y los periódicos de que no era solo en Sutton, sino que la gente de color de todas las ciudades, pueblos y cruces del estado habían echado mano de cualquier medio de transporte al alcance, aunque solo fueran sus dos patitas, para llegarse a las lindes del estado, y pasar a Mississippi, o Alabama, o Tennessee, donde algunos (eso sí, no la mayoría) daban por concluido el viaje y empezaban a buscar trabajo y un sitio en el que guarecerse. Los hombres blancos que lo miraban todo desde el porche sabían que la mayor parte de ellos no se conformarían con quedarse

allí, en las lindes, que seguirían hasta encontrar la más mínima oportunidad de vivir en cualquier sitio, o de morir como Dios manda, porque habían visto fotografías de la estación, abarrotada de gente de color, y se habían cruzado con ellos en la carretera que unía Nueva Marsella y Willson City, habían visto la hilera de coches, atestados de gente de color, con los bártulos encima. Eso les convenció de que nadie se tomaría semejante molestia si fuera a mudarse a apenas un centenar de kilómetros. Y todos habían leído la declaración que hizo el gobernador del estado: «No hay motivo alguno para la preocupación. No nos hicieron falta nunca, no los quisimos nunca aquí, y nos apañaremos sin ellos. Aunque nos hemos quedado sin un tercio de la población, saldremos adelante. Quedan todavía montones de hombres buenos».

Todos querían creerlo. No sabían lo que era vivir en un mundo sin caras de color y no podían estar seguros de nada, pero esperaban eso, salir adelante, convencerse de que, acabar, había acabado todo, aunque sintieran que, lo que era para ellos, estaba apenas empezando.

Y, quizá porque habían estado presentes desde el mismo comienzo, le iban a la zaga al resto del estado, pues todavía no habían pasado por la ira y el resentimiento, según leyeron en los periódicos, ni habían intentado retener a la gente de color, como habían hecho los blancos en otras ciudades, al sentir que tenían derecho a arrancarles las maletas de sus negras manos, ni habían soltado ni un solo puñetazo. Se habían ahorrado así el disgusto de descubrir lo vano de todo intento por retenerlos, evitando tantos ataques de justificada ira: el señor Harper les abrió los ojos y los convenció de que no había quien parara a los de color; Harry Leland llegó incluso a verbalizar la idea de que tenían derecho a irse. Por eso, ahora, cuando la tarde del sábado tocaba a su fin, y el sol caía en picado detrás de

los desconchados edificios de enfrente, al otro lado de la carretera, buscaban al señor Harper, intentaban averiguar, por enésima vez en tres días, cómo fue como empezó todo. Todo, lo que se dice todo, no lo iban a saber, pero, por poco que supieran, podría valerles a modo de respuesta, y no dejaban de pensar si sería acaso verdad aquello que dijo el señor Harper de la sangre.

El señor Harper solía aparecer en el porche a las ocho de la mañana, y allí celebraba audiencia, en una silla de ruedas tan vieja y fuera de sitio como pudiera estarlo un trono. Era un militar retirado que se había formado en el norte, en West Point, donde entró por mediación del mismísimo general Dewey Willson. En la academia militar, le enseñaron el arte de la guerra, aunque no llegaría a tomar parte en ninguna: por edad, no llegó a la guerra civil, desembarcó en Cuba cuando ya hacía tiempo que había acabado la contienda entre España y los Estados Unidos, y le pilló ya viejo la Primera Guerra Mundial, en la que perdió a su hijo. La guerra no le había dado nada; al revés, le había privado de todo, así que decidió que no merecía la pena mirar de pie a la vida, la cual, al final, siempre acaba tumbándote, y se puso a mirar el mundo desde el porche, sentado en una silla de ruedas, rodeado de una cohorte de hombres, allí congregados para atender a las explicaciones que daba del mundo y su caótico diseño.

En aquellos treinta años, nadie lo vio nunca levantarse de la silla de ruedas, sino solo una vez: el jueves, para ir a la granja de Tucker Caliban. Clavado a la silla estaba ahora de nuevo, como si nunca hubiera alzado las posaderas de ella; tenía el pelo blanco y lacio; peinado con la raya en medio, lo llevaba largo, y le caía a ambos lados de la cara, casi como el de una mujer. Las manos las tenía plegadas encima de una tripa pequeña pero prominente.

Thomason, como prácticamente no hacía negocio, casi nunca estaba en el colmado, y tomaba posición justo detrás del señor Harper, con la espalda apoyada en los cristales sucios del escaparate. Bobby-Joe McCollum, el miembro más joven de la congregación, de apenas veinte años, estaba sentado en los escalones del porche, con los pies en la calle, y un habano en la boca. Loomis, que solía ser fijo en aquellas reuniones, ocupaba una silla aupada en las patas de atrás. Llegó a matricularse en la universidad, en Willson, al norte del estado, aunque solo aguantó tres semanas, y creía que la explicación que estaba dando el señor Harper pecaba de simplista.

—A ver, a mí no me entra en la cabeza el rollo ese de la sangre.

—¿Y qué otra cosa iba a ser? —El señor Harper buscó a Loomis con la mirada y entrecerró los ojos, detrás de la cortina de pelo. Hablaba de forma diferente al resto, con una voz alta y clara, seca, de nítidas sílabas, como hablan en Nueva Inglaterra—. Que quede claro que no soy supersticioso, no hago caso de fantasmas ni nada de eso. Pero, según me parece, no es otra cosa que la genética: algo especial que va en la sangre. Y, si hay una persona en el mundo que tiene algo especial en la sangre, ese es Tucker Caliban. —Bajó la voz, habló casi en un susurro—. Lo que fuera que tenía en la sangre, eso se lo vi yo, una latencia, como dormida, esperando; y luego un día se le despertó, y llevó a Tucker a hacer lo que al final hizo. No puede haber otra razón. Nunca nos dio ningún problema, ni se lo dimos nosotros a él. Fue solo que, de repente, le empezó a bullir la sangre en las venas, y él empezó todo esto..., esta revolución. Y de revoluciones me lo sé todo; eso lo dimos en la Point. ¿No creéis que tuvo que ser importante, cuando hasta me levanté de la silla? —Clavó la mirada en algún punto al otro lado de la calle—. ¡Tiene que ser la sangre africana! ¡Tan sencillo como eso!

Bobby-Joe tenía la barbilla apoyada en las manos. No se volvió para mirar al viejo, y, por eso, el señor Harper tardó en darse cuenta de que se estaba burlando de él.

—Oigo hablar del Africano ese, y me viene a la memoria algo que me contaron hace mucho tiempo, pero es que no acabo de recordar cómo era la historia. —El señor Harper la había contado el día anterior y muchas veces antes—. ¿Por qué no nos la cuenta, señor Harper, y así vemos si tiene algo que ver con todo esto? ¿Qué le parece?

El señor Harper ya se había dado cuenta de por dónde iban los tiros, pero no le importó. Sabía también lo que creían algunos, que era demasiado mayor y tendría que haberse muerto ya, y no acudir al porche cada mañana. Pero le gustaba contar la historia. Aunque se haría de rogar.

—Esa historia la conocéis todos tan bien como yo.

—Venga, señor Harper, lo que pasa es que queremos que nos la cuente usted otra vez. —Bobby-Joe hizo como que hablaba con un niño, por el tono de voz que empleó.

Sonó la risa de alguien, detrás del señor Harper.

—¡Qué narices! Bien poco me importa: la contaré y, si no queréis oírla, ¡pues os fastidiáis! —Se apoyó en el respaldo y respiró hondo—. A ver, nadie dice que todo sea cierto en la historia esta.

—Por lo menos, eso cierto es. —Bobby-Joe le dio una calada al puro y escupió.

—Vale, pero ¿me vas a dejar contarla o no?

—Sí, señor. —Bobby-Joe cargó las tintas sobre el tono de disculpa en la voz, pero, al darse la vuelta, vio las caras de los otros a la sombra del porche: ninguno le seguía la corriente; el señor Harper ya los tenía embaucados—. Sí, señor. —Esta vez, Bobby-Joe lo decía en serio.